

22/4/66

Querido Sarasa:

Recibí el telegrama de Perico. He hecho gestiones, dado codazos y suplicado en vano. Y lo comprendo.

La visita al centro nuclear de Saclay se la hubiera llevado el diablo. Las dos reuniones, de Unión de Fuerzas Democráticas y Consejo Federal Europeo eran más difíciles de trasegar, pero no imposible. El acto de la noche, con las dos primeras figuras de los republicanos y de los socialistas, no ha habido manera de endosarlo. Solamente una persona podía haber cubierto aquel puesto sin molestia para los restantes: el Presidente Leizaola; pero no podemos, no debemos emplear al Presidente para esos menesteres, como usted comprende bien sin duda. Los momentos actuales, las manifestaciones de Don Juan abriendo la posibilidad de un régimen transitorio neutro, ni monárquico ni republicano; las de Miguel Maura, que fueron estimuladas por el periodista al servicio del régimen; la actitud de los catalanes, divididos entre sí y en posición difícil; todo ello hace necesario el acto de presencia. Y amigo mío, el don de la ubicuidad no lo tiene mas que Dios, que está en todas partes.

Ya pensé también de, hasta dónde pudiera ser conveniente que, entre los precedentes de Pamplona, que rodeen a usted, apareciera este cura, lo cual, en el acto no habría tenido inconveniente mayor, pero tal vez tal vez hubiese merecido una nota especial, las consideraciones atinentes y las medidas gubernativas impuestas por aquellas consideraciones. Lo pensé. Pero, pese a esta preocupación, he hecho lo posible por desembarazarme de las ataduras que me sujetan aquí. Por algo buso Perico su telegrama. Y ese algo valía para mí más que todos aquellos tiempos. Además, ¡qué diantres!, me ilusionaba mucho verle y oírle.

Qué le diré, amigo mío? Le diré que estoy satisfecho de mí mismo? No puedo decirselo. Comprendame y excusame. Y quede usted muy bien: que eso nos hace falta.

Muy suyo

